

Experiencias breves en Tutorías

Marcelo Cabot

De ninguna manera pretendo ser este un manual o guía de consejos para ser aplicados. Simplemente es un modo de compartir miradas y percepciones. Una breve teoría, producto de experiencias breves.

Estos pensamientos escritos buscan reflexionar y poner a la luz posturas, respuestas y reacciones posibles de manifestarse en el trabajo de Tutorías.

Si escribirlos me ayuda a dejarlos a la vista, pienso que también pueda ser de utilidad a quien le llegue.

La reciente experiencia en el Programa de Tutorías de la Facultad de Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo me permitió conocer una nueva forma de hacer docencia. Las Tutorías proponen un escenario y desenvolvimiento más dinámico, debido al número de alumnos solicitantes y los tiempos disponibles para prestar a cada uno de ellos; a la diversidad de sus materias que lleva a un inmediato cambio de foco sobre cada caso y temática; y a un ida y vuelta ágil y de modo personalizado con cada uno de los consultantes.

Todos estos componentes y características establecen otra relación y piden, invariablemente, una nueva forma de trabajo en clase. O, mejor dicho, en Tutorías.

El número de encuentros de los que se fue nutriendo esa experiencia, y la observación sobre la particularidad de las Tutorías, deja como primera conclusión que se trata de otra propuesta, otra metodología en la que el profesor debe volver a buscar su lugar. Mientras que en cursadas regulares se da un conocimiento prolongado, paulatino, que permite crear un vínculo y perfil del alumno, en este caso lo nuevo genera otra mirada.

Las Tutorías nos llevan al grano. Lejos de traducirse en encuentros de tiempo reducido, esta forma propone, más bien, cambios de tiempos: una experiencia hecha de experiencias breves. Desde ese punto de vista, comparto mi apreciación y mis primeras vivencias.

Una síntesis

Al tiempo de haber comenzando mi actividad como redactor, tuve la suerte de dar con un valioso libro llamado: *The Copy Book. Cómo 32 de los mejores redactores publicitarios del mundo escriben sus avisos.*

En su contenido, *The Copy Book* muestra una selección de entre cinco y diez de los avisos publicitarios más representativos de las carreras de cada uno de ellos, buenos ejemplos de publicidad, creatividad y redacción. En total, la edición permite ver y leer cerca de doscientos avisos.

Sin embargo, lo más rico de esta publicación -que desafortunadamente se encuentra agotada- se encuentra en la síntesis que cada uno de ellos introduce en un párrafo, de un modo casi íntimo, cercano y casi como un legado.

Y es notable ver cómo esos párrafos lo contienen todo: los avisos hechos y los que vendrán.

A diferencia de miles de anuarios de festivales y publicaciones donde pueden verse piezas premiadas de excelente nivel creativo, y aun aquellas que jamás han pisado un medio de comunicación y fueron creadas con

el único fin de participar en concursos, *The Copy Book* va al grano.

En los testimonios de los redactores, se pueden ver a modo de pensamientos en voz alta la forma de trabajar, los primeros pasos en sus carreras, e incluso algunas anécdotas que reflejan la naturalidad y la simpleza de estos profesionales.

Para compartir un ejemplo, cito una fracción del párrafo del publicitario David Abbot, extraído de *The Copy Book*.

“Escribo textos publicitarios desde 1960, y por ahora me siento cómodo con mi trabajo. Ya no me aterro, y sé que lo mejor que puedo hacer cuando estoy ante un atolladero es alejarme del aviso y ocuparme de otra cosa.

A veces reelaboro un título cincuenta o sesenta veces hasta obtener una idea y un equilibrio perfectos. Si pienso que el aviso está escondido en algún lado, remuevo cielo y tierra hasta que sale.”

A continuación, quiero destacar algunos de los consejos o sugerencias, muy acertadas, que dispara en un lenguaje esencialmente coloquial, lo que lo hace más humanamente efectivo.

“Métete dentro de tu trabajo. Usa tu vida para dar vida a tu texto. Si algo te conmueve, seguro que también conmoverá a otra persona.

- Piensa con imágenes. Si le pides a alguien que describa una escalera caracol, verás que hace uso de las manos cuanto de las palabras. A veces, el mejor texto es el que no existe.”

Como última premisa, y a modo de ingrediente vital para la creación, aconseja: “No seas aburrido”.

Considerando también a la docencia como un hecho creativo y reflexionando sobre mis experiencias breves en el proyecto de tutorías me encontré con que esta nueva forma de brindar enseñanza, también debía pensarse y ser dirigida en una síntesis, en un mensaje abarcador, pero concentrado en minutos. En los minutos que cada encuentro permite. No exponiendo diez avisos, sino dando el párrafo inicial. Aplicando esas ideas y palabras coloquiales que todos conocemos. Y más aún en un encuentro breve en el que tutor y alumno, prácticamente no se conocen.

Conocer a los alumnos

Hace un tiempo, en una clase llevamos a la práctica un ejercicio para experimentar y vivenciar sobre lo que significa el *target* -o público objetivo- y las creencias que alrededor de él, a menudo construimos.

Repasamos las metodologías utilizadas para el estudio del *target* viendo que contamos con investigaciones y fórmulas estadísticas que definen a un público determinado mediante variables como ABC1, hombres de 25 a 40 años, propietarios, profesionales, amas de casa, desocupados, matrimonios sin hijos, etc. Para graficarlo, dijimos que esas variables serían una especie de lupa o zoom que desde el aire se iría acercando hasta dar con un barrio donde podría verse una serie de viviendas en las que se encuentra nuestro *target*. La propuesta entonces era ir más allá. Si habíamos llegado hasta la vivienda, ahora debíamos entrar en ella.

Entonces estaríamos traspasando lo que parece sobre esas personas según el auto que conducen, los lugares

que frecuentan y los colegios en los que estudian sus hijos, para pasar a conocerlas realmente, hablando con ellas.

El trabajo fue hecho en clase: dos o tres alumnos, diferenciados en edad, sexo y vestimenta, pasaban al frente, mientras el resto elaboraba una lista de todo aquello que suponía sobre sus tres compañeros y la compartía en presencia de todos. Luego, eran ellos, los observados, quienes ahora daban a conocer su verdadero perfil.

Como resultado quedaban a la vista las suposiciones, muchas de ellas producto del juicio previo que todos habíamos construido sobre unos y otros según lo que nos parecía, según un corte de cabello, o según una marca de calzado.

En relación con el proyecto tutorías, surge una especie de necesidad o curiosidad por conocer a los alumnos consultantes. En mis encuentros, experimenté la diferencia que se establece con alumnos regulares, que pertenecen a un mismo curso, y de los cuales conozco su situación.

Personalmente, observar estas primeras percepciones me resulta vital para, en este caso, desecharlas y no trabajar con los alumnos en base al prejuicio, o juicio previo, sólo por el hecho de no contar con información sobre su historia. Se tratará de ser pacientes y multiplicar la observación para saber, en cada caso, a quién estamos guiando.

El peso de las palabras

La palabra tutor, esencialmente se refiere a una persona que tomó en cuidado a otra u otras personas que necesitan de su respaldo y cuidado por determinadas circunstancias.

En esa palabra, y en la percepción colectiva e histórica de la misma, tutor puede dar la sensación de un vínculo despersonalizado.

De la misma manera, “responsabilidad” es vista y mencionada comúnmente como una palabra cuya carga está más relacionada con el cumplimiento, la obligación, y el deber hacer.

Yendo al diccionario, las primeras definiciones de responsabilidad dan las siguientes acepciones:

- Deuda, obligación de reparar y satisfacer, por sí o por otra persona, a consecuencia de un delito, de una culpa o de otra causa legal.
- Cargo u obligación moral que resulta para alguien del posible error en cosa o asunto determinado.

Dejando de lado el diccionario y yendo a El Libro del Hombre, Osho -filósofo y maestro espiritual hindú-, menciona la palabra responsabilidad quitándole toda carga de obligación y haciéndola mucho más posible de ser puesta en práctica dándole su significado más coherente y real: responsabilidad es capacidad de responder.

Lejos de tratarse de una deuda, ese responder no habla de rendir cuentas a terceros como si de cumplir o pagar se tratara, sino de responder por lo propio.

En lo cotidiano, ante fechas límite, necesidad de cierres de notas y entregas de trabajos, la “responsabilidad”, a menudo es interpretada por los estudiantes como una especie de ultimátum, otorgándole ellos mismos a sus

tareas -en algunos casos- matices de obligación y deuda.

Así, es muy común escuchar de algunos alumnos *te hice las correcciones*, cuando en realidad se están refiriendo a *sus* trabajos.

En relación con este tema encuentro muy valiosa la difusión de concursos en los que se exhiben trabajos y de esa manera se pone en contacto al alumno con sus creaciones publicadas, las que definitivamente no son para el profesor, sino para ellos mismos.

En el espacio de Tutorías, pude ver que ese momento personalizado, en ese escenario en el que sólo hay dos -profesor y alumno-, donde se acuerdan tareas y encuentros en forma semanal o quincenal, la manifestación de la palabra responsabilidad se da también de un modo particular. Se vive como un pacto entre dos, a diferencia de lo que muchas veces se da a modo grupal en la relación profesor/curso.

El vínculo como asignatura

Mientras que el foco parecería estar centrado únicamente en el repaso, el reaprendizaje o la creación y corrección del Trabajo Práctico Final de la materia en sí, en Tutorías surge en paralelo otra nueva asignatura que se pone en juego para ser aprendida: las características del vínculo entre el estudiante y el tutor.

Esta relación, que desde el lado del alumno puede ser vista como El tutor de todos, desde el lado de los docentes nos pide, por el contrario, ocupar el lugar de El tutor que cada alumno necesita.

Los casos son variados y cada estudiante trae sus particularidades y antecedentes. Así es que ante la diversidad que los consultantes presentan nos vemos en la necesidad de observar y rever la postura y metodología de trabajo con cada uno de ellos.

Creo que es necesario pasar por el tamiz un pensamiento que a todos se nos podría presentar fácilmente ante la pregunta: ¿Por qué un alumno llegó a la tutoría?

Y mientras que las respuestas, seguramente, pueden ser más de una, el prejuicio siempre viene solo y sin opciones.

Si bien muchos casos traen de la mano particularidades, intentos cómodos de rendir una materia o conflictos de diferentes tipos, nuestra tarea -y parte fundante de nuestro aprendizaje- es permanecer al margen de posibles sensaciones o presunciones acerca de algo y conocer por nuestros propios medios cada caso como lo que realmente es: único e irrepetible.

Este cambio permanente nos aleja de la costumbre, o de la monotonía que a veces gira alrededor de lo que ya es conocido, y nos lleva a estar presentes con cada uno. Lo que equivale a no saber qué pasará dentro de un instante.

En relación con esta idea, y más allá de lo que genera en el tutor, y que en este caso sería, a mi parecer, productivo por el dinamismo y la capacidad de desenvolvimiento inmediato que demanda, esta necesidad de estar presente es también vital para lo que recibirá el alumno.

Independientemente de las pautas y normativas que funcionan igual para todos los estudiantes, ya que responden a la metodología del proyecto, las tutorías llaman a desenvolverse ante cada caso de un modo único.

Cómo hacer para que las particularidades que se viven con cada alumno no afecten al siguiente, ya que la actitud que se debió tomar con un alumno determinado, no necesariamente coincidirá con la actitud que se deberá tener frente a otro caso.

Nuestra necesidad de *reset* es importante.

Casi sin excepción, las sensaciones de agobio que se perciben en un momento determinado son por causa de un cúmulo de experiencias pasadas -de un pasado, incluso, no tan lejano-, sino de lo que acaba de sucedernos en sólo unas horas, en una jornada de Tutorías.

Lo que no se descarga, inevitablemente queda en uno. Y cuando empieza a pesar, pasa a otros.

Mientras que lo que se discute y se comparte es sólo lo que se verbaliza, por dentro existe otra comunicación que se va estableciendo y que también construye una relación. De modo silencioso, a veces se establecen vínculos más intensos que los que son hablados. Y como tales, por su intensidad, y por su origen desconocido -ya que no fueron hablados- resultan más difíciles de desarticular y de poner a la luz.

Dejar nuestra carga a los que vienen es algo que puede suceder, y que nos llama a estar atentos. Por el bien de unos y otros. Pero, sobre todo, por el bien del vínculo.

¿Qué ven los alumnos en sus tutores?

Difícil saberlo, al menos en esta instancia. Pero puede ser bueno pensar y seguir revisando qué deberían encontrarse. La respuesta, creo que sigue estando en la suma de experiencias breves. En la práctica, que es nuestra asignatura, y es además el modo más efectivo de construir toda teoría.

Referencias bibliográficas

- The Copy Book. Cómo 32 de los mejores redactores publicitarios del mundo escriben sus avisos. Versión castellana de Victoria Rodil. Documenta S.R.L., de Argentina, 1996.
- Diccionario en línea de la Real Academia Española: www.rae.es, 22ª edición.
- Osho. El libro del hombre: el Adán, el esclavo, el hijo, el homosexual... 6ª edición. Buenos Aires. Debolsillo, 2005.

Perfil del tutor

Roberto Céspedes

Siempre se ha dicho, y con razón, que la evaluación es la última instancia del aprendizaje. Sin embargo, muchas veces lejos de serlo se transforma en un escollo difícil de sortear, lejano a todo proceso de construcción del conocimiento, conflictivo y hasta en ocasiones traumático. Si se analizan los motivos de tales características, es posible advertir que las mismas dependen de condiciones que poco tienen que ver con lo cognoscitivo. Se trata más bien de problemas vinculados con la relación docente-alumno, la situación psico-sociológica extraordinaria de la evaluación, el estrés del evento y otros.

En el sistema universitario argentino, resulta de práctica habitual una evaluación de los conocimientos adqui-

ridos en las diferentes asignaturas, mediante un examen integrador de conocimientos al fin de la cursada. También es costumbre, en la mayor parte de las casas de altos estudios, el establecimiento de un período determinado para que el estudiante rinda dicho examen. Este lapso busca ser suficientemente largo como para que la organización del estudiante y su preparación sean factibles y lo bastante acotado como para garantizar la vigencia de los conocimientos en el devenir del avance de las ciencias.

Por una serie de razones, en estos últimos tiempos, los estudiantes tienden a posponer su presentación ante las mesas examinadoras, lo que conlleva un perjuicio para ellos mismos y una serie de inconvenientes también para los docentes y la institución. El propio alumno con el correr del tiempo y la distancia que media entre la cursada y el examen, pierde la impronta que la cátedra quiso darle al dictado de la asignatura y también la cátedra se aleja del estudiante y su proceso de aprendizaje durante el período de clases.

Desde la institución, muchas veces se tropieza con el inconveniente de que algún docente haya dejado de formar parte del claustro en dicho período o no esté en condiciones de hacer un seguimiento del alumno de un modo personal como algunas circunstancias lo ameritan, fundamentalmente en las experiencias didácticas donde resulta central el desarrollo de competencias que supone la elaboración de trabajos prácticos para poner en acción los conocimientos adquiridos.

Las perspectivas de alumnos, docentes y la propia institución van haciendo que, aún sin proponérselo, los llamados exámenes previos, es decir aquellos que distan de la cursada correspondiente uno o varios semestres, se transformen en situaciones complejas que tienden a resolverse alivianando la evaluación para concluir rápidamente con el problema. Hecho que a todas luces no beneficia a ninguna de las partes.

Un aspecto no menor en la conformación del problema, se produce cuando el área de incumbencia es el diseño, dada la característica de la mayor parte de las asignaturas que utilizan la modalidad de taller para el desarrollo de las habilidades necesarias que el *metier* requiere. Los trabajos prácticos y portfolios ponen los conocimientos en práctica y todo esto se verifica y evalúa en los procesos de aprendizaje más que en el análisis de los resultados.

Planteado el problema y en procura de encontrar una solución que contenga a los estudiantes a la vez que preserve la calidad académica, se propuso la estrategia de tutorías para aquellos alumnos en las condiciones planteadas. Con la intención de ir recorriendo un camino en esa dirección, se conformó un grupo de docentes que pudiera llevar a cabo la estrategia en cuestión. Quedaron esbozados los lineamientos y las dificultades principales de la propuesta. La práctica iría definiendo el perfil de los integrantes y el trabajo propiamente dicho. Transcurrido un primer período de acompañamiento de alumnos de diferentes asignaturas, con experiencias distintas de cursada, con relaciones docente-alumno variadas y situaciones académicas diversas y habiendo llegado a la instancia de examen final -que diera origen a la estrategia misma- en forma coherente y satisfacto-